El Gran Salto AtrÃ¡s

DescripciÃ³n

Siempre ha levantado ampollas el hecho de que China, un paÃs gobernado por un partido comunista, ninguneara la dimensiÃ³n social en su vertiginosa y reciente espiral de desarrollo, amparando realidades, procederes y actores que ofrecen un difÃcil encaje en aquella trayectoria que dice imperar en su ideario formal. Las lÃneas de justificaciÃ³n de esa minusvaloraciÃ³n fÃ¡ctica de lo social se han configurado en torno a dos ejes. Primero, la prioridad es el desarrollo, Deng dixit, y, consecuentemente, todo lo demÃ¡s debe supeditarse a la consecuciÃ³n de dicho objetivo supremo. Segundo, sensu contrario, con el igualitarismo maoÃsta serÃa imposible el despegue econÃ³mico. El desmantelamiento del precario andamiaje social construido durante las tres primeras dÃ©cadas de la China Popular acompaÃ±Ã³ la transformaciÃ³n del modelo socioeconÃ³mico pasando, sin red alguna, del tazÃ³n de hierro, que todo lo proveÃa y aseguraba, a la nada y, paradÃ³jicamente, generando la esperanza de una vida mejor en esos millones de personas desahuciadas de sus derechos bÃ¡sicos. Al enriquecerse, esos problemas desaparecerÃan por arte de magia.

Hasta el estallido de la crisis financiera, todos los dedos apuntaban a China como el argumento Ãºltimo de las voces que reclamaban recortes y pasos atrÃ¡s en lo social en los paÃses desarrollados. Ello brindarÃa los medios para poder competir con la fÃ¡brica del mundo que convertÃa el dumping social en el ariete reequilibrador del poder econÃ³mico global.

Y China se desarrollÃ³. Hasta el punto de convertirse en la segunda potencia econÃ³mica del planeta. No obstante, en tÃ©rminos de desarrollo humano, se encuentra al nivel de GabÃ³n, poco mÃ¡s o menos (89). Eso dicen los datos del PNUD 2010, pero tambiÃ©n los informes de la propia Academia de Ciencias Sociales de China. Y todo indica que las cifras oficiales se quedan cortas. La riqueza ha llegado, pero ni mucho menos a todos por igual. Ese inmenso foso es expresiÃ³n inequÃvoca del controvertido saldo de su crecimiento y comienza a pasar factura.

Ya en el tramo final de su mandato, los actuales dirigentes chinos han mostrado cierto compromiso con la correcciÃ³n del desasosiego social. Han eliminado impuestos a los campesinos, multiplicado las inversiones en materia de educaciÃ³n y salud, mejorado las pensiones y la legislaciÃ³n social, aumentado los salarios, apoyado una mayor integraciÃ³n de la poblaciÃ³n inmigranteâ?¦ pero todo indica que ese esfuerzo ha sido absolutamente insuficiente y que lo social ha ido a remolque de otras magnitudes. De aÃ±o en aÃ±o, las mismas promesas incumplidas, con datos maquillados, han culminado en la cronificaciÃ³n de un malestar de fondo que erosiona la legitimidad del PCCh.

La idea de compartimentar lo social, diferenciarlo de las tensiones propiamente polÃticas (ligadas al hecho Ã©tnico-territorial, por ejemplo), neutralizarlo con gestos e inversiones amortiguadoras o la promociÃ³n de un orgullo nacional compartido y basado en los grandes avances del paÃs no ha logrado compensar ni mitigar los sinsabores derivados de la desigual distribuciÃ³n de la riqueza. Las nuevas generaciones no se conforman y reclaman una urgente puesta al dÃa.

Hace tiempo que el problema estÃ¡ en la agenda. El temor a que la crisis global y la introducciÃ³n de medidas estructurales que apuntan al establecimiento de un nuevo modelo de desarrollo en el paÃs agudizaran las tensiones era mÃ¡s que una previsiÃ³n. La imploraciÃ³n de mano izquierda para gestionar los descontentos estÃ¡ tan al orden del dÃa como la invocaciÃ³n a la armonÃa, pero resulta de difÃcil aplicaciÃ³n cuando por doquier las complicidades entre los poderes econÃ³micos y las autoridades imponen de facto la ley del mÃ¡s fuerte no dejando otra alternativa que una ira que, a la mÃ-nima, parece explosionar por doquier. El deterioro de la seguridad, un valor tradicional en China, manifestado en hechos inauditos como la reiteraciÃ³n de accidentes graves o ataques a guarderÃas infantiles pero tambiÃ©n en la persistencia de controles masivos en espacios abiertos (como el acceso al metro o a las plazas pÃºblicas) irradiando una atmÃ³sfera de insatisfacciÃ³n que alcanza a los mÃ¡s amplios sectores sociales, extiende la sensaciÃ³n de que las cosas no se estÃ¡n haciendo bien.

Todo ello sugiere que el tratamiento de lo social demanda en China un salto cualitativo. El problema no es solo de mÃ¡s emolumentos en las partidas sino de una autÃ©ntica refundaciÃ³n de lo social. La recuperaciÃ³n de la confianza y la preservaciÃ³n de la estabilidad exigen diÃ¡logo y participaciÃ³n de una sociedad civil que debe articularse como protagonista de una transformaciÃ³n que exige mÃ¡s actores que el PCCh. DifÃcilmente podrÃ¡ resultar si se arbitra en una

sola direcciÃ³n, de arriba abajo, como hasta ahora. Las capas burocrÃ¡ticas parten de la premisa de que solo ellos tienen el celebrado don del acierto, pero el aplauso o la reprobaciÃ³n no son el Ãºnico patrimonio de los administrados. El mandarinato y la democracia asÃ entendida casan mal, pese a los intentos del PCCh de edificar sobre dichas premisas las bases del nuevo orden chino. Lo social sin la sociedad es una estratagema de difÃcil Ã©xito. Puede parchear el modelo y quizÃ¡s conjurar relativamente la incidencia de la inestabilidad, pero a la larga es claramente insuficiente para dar paso a una sociedad madura y sostenible.

Acceso ao artigo orixinal no repositorio web 1998-2012

APARTADOSTEMATICOXEOGRAFICOS

China y el mundo chino ARCHIVO

IDIOMA

Galego

Fecha de creaciÃ³n
30 de agosto de 2011

Campos meta

Autoria :	3717
Datapublicacion :	2011-08-30 00:00:00